

PAUL
PRESTON

FRANCO

DEBATE



CAUDILLO DE ESPAÑA

Edición actualizada

Franco

Caudillo de España

PAUL PRESTON

Edición actualizada

www.megustaleerebooks.com

Para James y Christopher

Agradecimientos

He trabajado en este libro durante años. Inevitablemente, en ese tiempo he quedado en deuda con muchas personas, las cuales, de una manera u otra —compartiendo recuerdos e ideas, ayudándome a obtener valioso material, y ya por último, leyendo diferentes borradores— han contribuido a que el producto final sea mejor de lo que, de otra manera, hubiese sido. Deseo aprovechar la oportunidad para agradecerse aquí.

Agradezco encarecidamente la ayuda del personal de las siguientes bibliotecas y archivos: la biblioteca del Queen Mary y Westfield College, y, en particular, a Susan Richards de la sección de préstamos interbibliotecarios; el Institute of Historical Research y, en concreto, Bridget Taylor; la British Library of Political and Economic Sciences, el Public Record Office, el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español, la British Library, sedes de Bloomsbury y Colindale, la biblioteca de la Universidad de Cambridge, la Allison Peers Collection de la biblioteca universitaria de Liverpool. También me gustaría dar las gracias al Controller de la HM Stationery Office, merced a quien he podido introducir en el presente volumen las citas de los documentos del Public Record Office. Asimismo, deseo dar las gracias a Carol Toms, del Queen Mary y Westfield College, y a Pat Christopher de la London School of Economics por su indesmaya-

ble apoyo y por la amabilidad con que me ayudaron a cumplir con los deberes administrativos que apartan a los profesores de la investigación y la enseñanza.

Por contarme o escribirme sus experiencias a propósito de Franco y su régimen, estoy enormemente agradecido a las siguientes personas: Ignacio Arenillas de Chaves, Rafael Calvo Serer, Joaquín Calvo Sotelo, Cirilo Cánovas García, Fabián Estapé Rodríguez, Joseba Elósegui, general Hernando Espinosa de los Monteros, Ignacio Espinosa de los Monteros, Manuel Fraga Iribarne, Ramón Garriga Alemany, José María Gil Robles, Ernesto Giménez Caballero, Folke von Knobloch, Juan Cristóbal von Knobloch, Laureano López Rodó, Adolfo Muñoz Alonso, José Joaquín Puig de la Bellacasa, general Ramón Salas Larrazábal, María Salorio, Ramón Serrano Súñer, Fernando Serrano-Súñer Polo y a Eugenio Vegas Latapié.

Por su inestimable ayuda en la localización de importante material documental, estoy en deuda con los siguientes amigos y colegas: Angelines Alonso, John Costello, Lesley Denny, Chris Ealham, Agustín Gervás, Antonio Gómez Mendoza, Ian Gibson, Joe Harrison, Santos Juliá, Qasim bin Ahmed, Francisco Villacorta Baños. Ricardo Figueiras Iglesias me proporcionó una valiosa colaboración respecto del material referido a Galicia. Por su decisiva ayuda en la búsqueda de información relacionada con las diferentes épocas de Franco en Asturias, tengo una gran deuda contraída con Carmen Benito del Pozo y Victoria Hidalgo Nieto. Por sus indicaciones relativas a las pinturas de Carrero y Franco le quedo reconocido a Nigel Glendinning. Por sus datos sobre el trasfondo musical del viaje de Bernhardt a Bayreuth,

quiero dar las gracias a Norman Cooper y a Barry Millington. Sobre los aspectos referidos a la aviación durante la Guerra Civil, he aprendido mucho de Gerald Howson y, sobre otros aspectos militares de la intervención alemana, de Williamson Murray. Sobre la psicología de Franco, tuve la suerte de contar con los grandes conocimientos de Nina Farhi. Sobre los diferentes temas médicos tratados en el último capítulo, he contado con el valioso asesoramiento del doctor Roy MacGregor y Anthony Ashford-Hodges, miembro del Real Colegio de Cirujanos. Igualmente, estoy agradecido a Michael Alpert, Brian Bond, George Hills y David Wingeate Pike por sus indicaciones relativas a detalles referidos al papel de Franco en la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial. Obtuve gran estímulo y ánimos de las conversaciones sobre Franco durante muchos años y alrededor de muchas mesas con Alicia Alted Vigil, Joan Ashford-Hodges, José María Coll Comín, Elías Díaz, Musa Farhi, Jerónimo Gonzalo, Juan Antonio Masoliver, Florentino Portero, Denis Smyth, Javier Tusell y Manuel Vázquez Montalbán. Una serie de amigos han participado en gran medida en la gestación de este volumen, discutiendo conmigo sobre Franco, proporcionándome material prácticamente inaccesible, así como leyendo y comentando los primeros borradores del texto: Nicolás Belmonte, Sheelagh Ellwood, Enrique Moradiellos, Ismael Saz, Herbert R. Southworth y Ángel Viñas.

Los defectos de este libro sólo son atribuibles a mi persona. Si no son mayores, se debe a la ayuda que he recibido de los amigos antes mencionados, así como de otros dos: Mía Rodríguez Salgado prestó generosamente su

tiempo para atentas e inteligentes lecturas de los sucesivos borradores del manuscrito, las cuales, junto con la implacable pero siempre provechosa crítica a la que el texto fue sometido por Jonathan Gathorne-Hardy, lo mejoraron enormemente. En verdad, uno de los mayores placeres surgidos al hilo de la elaboración del libro provino de las conversaciones con ambos sobre las relaciones entre biografía y narrativa. Philip Gwyn Jones, de Harper-Collins, condujo el libro a través de las diferentes etapas de elaboración y confección con mano segura y sensible.

Durante muchos años, mi esposa, Gabrielle, soportó la presencia en nuestro hogar de un desagradable huésped, que no había invitado, en la persona de Francisco Franco. Sin su tolerancia y apoyo, la vida con el Caudillo hubiera provocado una ruptura mucho antes de que el libro hubiese sido concluido. Por otra parte, muchos de los juicios que han mejorado el libro en gran medida provienen de su agudo sentido crítico. Por último, quisiera dar las gracias a mis hijos, James y Christopher, a quienes este libro está dedicado. Sin ellos, el libro habría sido acabado mucho antes, y tanto él como yo habríamos salido perdiendo.

Prólogo a la edición de 2015

En el prólogo a la edición de 2002 de este libro pude reflexionar sobre la relativa pobreza de las biografías de Franco anteriores a la primera edición y sobre las importantes aportaciones posteriores. Los trece años que han transcurrido desde la aparición de aquella segunda edición han proporcionado una visión aún más rica de la complejidad que plantea biografiar una figura tan enigmática y sobre la cual se han fabricado tantos mitos.

Por lo tanto, a lo largo del texto de esta edición he hecho muchos cambios y adiciones puntuales que responden a mis últimas investigaciones y a las de otros historiadores. De este modo, he podido matizar y enriquecer algunas apreciaciones de los inicios de la carrera militar de Franco, de su papel en la Guerra Civil española, sobre todo con respecto a su ascenso, a los bombardeos del País Vasco y a la represión, de su papel en la Segunda Guerra Mundial y sus relaciones con Hitler, Mussolini y los británicos, de sus relaciones con sus colaboradores militares como el almirante Luis Carrero Blanco, el coronel Juan Beigbeder y el general Gonzalo Queipo de Llano entre otros, de su relación con los Estados Unidos en la posguerra y de sus últimas enfermedades y su muerte. La bibliografía ha sido puesta al día para reflejar la avalancha de nuevos estudios aparecidos en los últimos años.

Al final del libro he añadido dos apéndices. El primero, «Una reflexión posterior: Biografiar a Franco», tiene dos finalidades. En primer lugar, abunda con mucho más detalle en algo tocado en el prólogo de la edición de 2002, es decir, el análisis de cómo ha evolucionado la manera de biografiar al Caudillo, desde los hagiografías anteriores a su muerte, pasando por una fase infinitamente más crítica, por no decir demoledora a juzgar por las históricas reacciones franquistas que este libro suscitó, para volver más recientemente a los intentos infructuosos de reivindicar su figura. En segundo lugar, reconoce que en las ediciones anteriores de este libro apenas se trataba la represión y la corrupción. En cuanto a la represión, estudiarla a fondo habría resultado difícil antes de finales de los años noventa y, aun de haber sido posible, habría aumentado de forma inmanejable un libro ya voluminoso. Sin embargo, esa laguna ha sido subsanada gracias a las investigaciones de muchos historiadores que han trabajado en la recuperación de la memoria histórica, y que traté no en este libro sino en mi obra *El holocausto español*. En lo que respecta a la corrupción, en las ediciones de 1993 y 2002 me había basado en el trabajo pionero de Mariano Sánchez Soler. Ahora, intento demostrar brevemente cómo, desde la segunda edición, el tema ha avanzado considerablemente con tres obras posteriores de Sánchez Soler, unos artículos importantes del periodista Javier Otero y un libro exhaustivo de Ángel Viñas.

El segundo apéndice trata de otra laguna de las anteriores ediciones de este libro. Me refiero al antisemitismo de Franco. Ya había hecho referencia a sus declaraciones retóricas sobre el tema que dejaban poco margen de duda

acerca de sus sentimientos o, como mínimo, de su disposición a hacer todo lo posible para congraciarse con Hitler. Sin embargo, sobre las relaciones entre los gobiernos de Franco y los judíos durante la Segunda Guerra Mundial había relativamente poca información. Ahora el apéndice «Franco y los judíos» aprovecha una serie de investigaciones muy relevantes realizadas en los últimos veinte años en Israel, España, Gran Bretaña y Alemania que han enriquecido nuestro conocimiento de esta faceta tan esclarecedora de la personalidad y la actuación política de Franco.

Prólogo a la edición de 2002

El rostro cambiante del Caudillo

Cuando Random House Mondadori me ofreció generosamente la oportunidad de revisar este libro, el hecho suscitó en mí una reflexión sobre lo que había ocurrido antes y lo ocurrido desde entonces. A la luz de lo que se ha publicado sobre Franco y su régimen en el último decenio, es asombroso recordar la parquedad de lo que era accesible cuando, a fines de los años setenta, empecé a considerar la posibilidad de escribir una biografía del dictador. Había una plétora de hagiografías, pero muy pocos trabajos críticos. No sólo había pasado Franco en persona gran parte de su vida falsificando y adornando los pormenores de su vida anterior a 1936, sino que, desde los primeros momentos de la conspiración que dio origen al golpe militar del 18 de julio de 1936, sus partidarios falsificaron también su propia historia y la de sus enemigos. Uno de los contados esfuerzos para combatir los efectos de la inmensa máquina de propaganda de la dictadura fue la gran editorial del exilio español antifranquista, Ediciones Ruedo Ibérico, dirigida en París por un anarquista excéntrico y enormemente culto, José Martínez Guerricabeitia. Ruedo Ibérico asestó varios golpes contra dichas falsificaciones del régimen, comenzando con la publicación de una traducción al español del clá-

sico de Hugh Thomas sobre la Guerra Civil española. Introducidos ilegalmente en España y vendidos clandestinamente, los libros de Ruedo Ibérico tuvieron un impacto enorme. El libro de Hugh Thomas relataba la historia de la guerra de forma amena y objetiva —algo que era en sí mismo un golpe devastador contra los defensores de lo que llamaban la cruzada de Franco—, y fue, por consiguiente, ansiosamente devorado por todo el que consiguió hacerse con un ejemplar. Tan importante o más fue el esfuerzo de Herbert Southworth, que llegó a ser una figura señera en la historiografía de la Guerra Civil española debido a la publicación en París de su libro *El mito de la cruzada de Franco*, en 1963. Southworth no narraba la guerra sino que más bien dismantelaba, línea a línea, la estructura de falsedades erigida por el régimen franquista para justificar su existencia.

Poco después de la aparición de Ruedo Ibérico, España se dedicó a la ruidosa celebración nacional de los «Veinticinco Años de Paz» desde el fin de la Guerra Civil. Para contrarrestar la masa de alabanzas indiscriminadas, Ruedo Ibérico publicó una biografía del Caudillo escrita por un vasco, Luciano Rincón. Bajo el seudónimo de Luis Ramírez, éste contaba una historia muy diferente a la que se deducía del autobombo al que se entregaron el general Franco y sus partidarios a todo lo largo de 1964. Los actos multitudinarios, los desfiles, los homenajes en la prensa, los documentales televisivos, no celebraron la paz sino la victoria. Todas las ciudades y pueblos españoles se engalanaron con carteles donde se afirmaba que la lucha nacional había sido una cruzada religiosa para purgar a España de las hordas ateas de la izquierda. Lo que se celebraba era el hecho de

que el Caudillo hubiera triunfado en mantener una división enconada entre vencedores y vencidos, entre la privilegiada «España auténtica» y la castigada «anti-España». Por esta razón, el estudio de Luciano Rincón, profundamente lúcido y fuertemente hostil, publicado con el título de *Franco. Historia de un mesianismo* (Ruedo Ibérico, París, 1964), fue de importancia considerable.

Es indicio de hasta qué punto afectaron al régimen los esfuerzos de Ruedo Ibérico que el ministro de Información, Manuel Fraga Iribarne, se sintiera obligado a actuar para contrarrestar el impacto intelectual y moral de los libros que estaban entrando en España clandestinamente desde París. Así, se creó en el Ministerio de Información un departamento especial con el nombre de Sección de Estudios sobre la Guerra de España. Para dirigirlo se nombró a un joven funcionario de dicho ministerio, Ricardo de la Cierva y de Hoces. Su trabajo consistía, en líneas generales, en actualizar la historiografía oficial del régimen con objeto de repeler los ataques que provenían de París y, para ello, quedó a su disposición un volumen considerable de recursos. Entre los muchos trabajos elaborados por el equipo dirigido por Ricardo de la Cierva se encontraba una enorme biografía actualizada del Caudillo. Publicada en fascículos semanales a comienzos de la década de 1970, se conoció popularmente con el nombre de *Simplemente Paco* por haber coincidido su aparición con la de la popular radionovela *Simplemente María*. Pese a contener una enorme cantidad de información nueva, la biografía mantenía los mitos esenciales de la historiografía franquista. La tesis anti-Franco fue reiterada por Luciano Rincón, tras la muerte del Cau-

dillo, cuando actualizó su libro con el título de *Francisco Franco. La obsesión de ser, la obsesión de poder*. Hasta mediados de los años ochenta no aparecieron dos breves biografías críticas: *El general Franco* (Argos Vergara, Barcelona, 1983) de Carlos Fernández Santander, y *Franco: autoritarismo y poder personal* (*El País*, Madrid, 1985) de Juan Pablo Fusi.

Había, por tanto, escasez de estudios críticos disponibles. Más aún, como observaba en el prólogo de la primera edición, Franco estaba envuelto en las brumas de una oscuridad cuidadosamente generada. Se imponía, por todo ello, una criba del cúmulo de falsedades en busca de las claves de Franco. La primera biografía significativa del Caudillo fue la de Joaquín Arrarás, *Franco* (Librería Santarén, Valladolid, 1939). Arrarás había sido amigo de Franco desde 1917 cuando ambos se alojaban en el mismo hotel de Oviedo. Su biografía era importante porque estaba claramente basada en entrevistas y conversaciones con Franco, lo cual significaba que lo que Arrarás contaba sobre la infancia de Franco, la perfección y religiosidad de su madre, o su ascenso en el Ejército de soldado raso a general, era, en efecto, la versión del propio Caudillo. En la década de 1940 se publicaron otras muchas hagiografías, pero el siguiente hito biográfico lo puso el libro de Luis de Galinsoga y Francisco Franco Salgado, *Centinela de Occidente (Semblanza biográfica de Francisco Franco)* (AHR, Barcelona, 1956). Luis Martínez de Galinsoga era un conocido panegirista, lo cual le valió ser nombrado director de *La Vanguardia*, a la que dio un sesgo ferozmente anticatalanista. En su libro se sirvió esencialmente de las memorias del leal

primo de Franco, «Pacón» (Francisco Franco Salgado-Araujo) (que serían posteriormente publicadas con el título de *Mi vida con Franco*), para adornar con detalles oportunos lo que era esencialmente una hagiografía. La importancia de este libro radica también en la medida en que revela la autopercepción del propio Franco. El libro de Galinsoga resume la situación tras el pacto de 1953 con Estados Unidos y —con el visto bueno de Franco— presenta al Caudillo como clave de la defensa de Occidente —ese «centinela de Occidente»— y se refiere al Pardo como «eje de Occidente y mediador con el Este».

También significativas, aunque no por las razones obvias, fueron la serie de biografías basadas en entrevistas concedidas por Franco a periodistas británicos. Los libros de S. F. A. Coles, *Franco of Spain* (Neville Spearman, Londres, 1955); de Brian Crozier, *Franco: A Biographical History* (Eyre & Spottiswoode, Londres, 1967) y de George Hills, *Franco: The Man and His Nation* (Nueva York, 1967), tenían en común el hecho de que los tres autores habían entrevistado al Caudillo, suministrando, por ello, nuevos peldaños a la escala de autoglorificación y mitificación de Franco. Todos ellos reprodujeron de labios del propio Franco el mito del soldado del Rif que era además lector ávido. Huelga decir que también concurren con Galinsoga en ratificar la imagen del héroe anticomunista.

Pese a los méritos del trabajo de Luciano Rincón, cuando yo comencé a trabajar a fondo en la biografía de Franco la balanza de los estudios se inclinaba fuertemente a favor del dictador, lo cual no era en modo alguno extraño dado que los propagandistas del régimen habían dispuesto de más